

SETECI ENTOS MONOS



SETECI ENTOS MONOS

revista literaria

con anteojos

ricchieri 888
t. e. 394136/87983
rosario

año 1 nº 2

reg. de la prop. intelectual: en trámite

\$ 35

carlos a. schork / juan carlos martini - directores - .
omar a. pérez cantón / estructuración y dibujos -
salvador c. j. gatto - secretario -
rené m. bazet / pablo glikman / rubén t. radaff / gustavo a.
saccone / enrique a. zárate - colaboradores inmediatos -
ada donato / jorge riestra - colaboradores permanentes -
carmelina de castellanos - asesora literaria -

la redacción no se identifica con las opiniones de los autores

sumario

CARTA DE LA DIRECCION

nota editorial

TEATRO

historia y encrucijada de los vocacionales / por arturo
berenguer carisomo

POESIAS

ocaso / de jorge alberto cartelle
a veces yo / de marta goldín
hasta siempre / de roberto luis agüero

CUENTOS

un problema de conciencia / de gustavo adolfo saccone
yo mi personaje / de carlos schork
el adorno de plumas / de alberto lagunas
vos sabías rafael / de juan carlos martini

RELATO

miedo verde / de ada donato

4 OPINIONES SOBRE UN MISMO TEMA

treinta treinta de dálmiro sáenz

ARTICULO

mensaje y compromiso / por josé maria gantus

BIBLIOGRAFICAS

ada donato: eleonora que no llegaba - julio cortázar:
final de juego / por carmelina de castellanos

LIBROS Y REVISTAS

publicaciones recientes y recibidas

BEST SELLERS

ULTIMA HOJA

veinte siglos, y qué...? / comentario por omar pérez cantón



carta
de la dirección

Este es el número dos. Lo ideal sería que los monos salieran a la calle setecientas veces. Ya veremos. Lo auspicioso es que estas palabras forman parte del número dos. Y decimos auspicioso, porque fue gracias a las personas que se nos acercaron, y hoy continúan con nosotros, que los Setecientosmonos no se sintieron solos en su cometido. A los que nos hicieron llegar una opinión, una sugerencia, colaboraciones, trabajos, ideas, y a todos los demás, gracias.

Sin embargo, creemos que es necesario repetir lo que ya dijimos: esta revista tiene por objeto primordial facilitar a la gente joven un medio de comunicación con la sociedad a que pertenece. Sin distinciones de fondo, bregando porque la literatura sea eso: literatura, expresión artística. Setecientosmonos no tiene identificación política y, menos aún, intereses de lucro. La mesa en que nos reunimos tiene sillas para todos los que quieran acercarse y participar con nosotros de nuestras inquietudes. La selección de material no acepta privilegios ni influencias. Consideramos que esto, al menos, constituye una manifestación de lo que pretendemos.

Por otra parte, no deja de estar presente la idea de superación, continua y progresiva, que debe alimentar necesariamente a los hombres y a sus obras. Nosotros la albergamos y confiamos en que el tiempo confirmará nuestras intenciones.

Arturo Berenguer Carisomo

HISTORIA Y ENCRUCIJADA DE LOS VOCACIONALES

De "La crisis del teatro argentino"
CUADERNOS Hispanoamericanos Nº 18

Hacia 1940 -débiles tentativas son casi anteriores en una década-, nuestra escena se había escindido en dos grandes grupos que, bien pronto, aparecieron como antagónicos y aun beligerantes: teatros de empresa y teatros libres. El fenómeno no era exclusivamente fruto de nuestra tierra: se había dado ya en varios países de Europa y repercutía en esta Argentina tan ágil y ducha para asimilar.

El ímpetu del primer momento fue realmente una comoción. Incluso, entre los profesionales, corrió un escalofrío de pavor; era otro enemigo: joven, dispuesto, revolucionario.

Los presupuestos fueron bien claros: despreciar las ganancias, buscar un repertorio nuevo y, con frecuencia, desconcertante, exigir disciplina, rigor, amular el "dilematismo" de los monstruos sagrados -que decía el viejo Coccothau-, montar las piezas, si

con modestia, con decoro y es crupulosidad. Era realmente un espléndido programa, y no puede negarse que el primer impacto fue de legítima calidad.

Se llenaron sus salas imprevistas: sótanos, galerías, refugios. Parecía renacer la vivacidad festival y eterna del teatro. Hubo temporadas memorables, éxitos jamás sospechados. El teatro "profesional" comenzó a transigir. A la pugna sucedió casi la mutua colaboración. Los "aficio-

nados", en el mejor sentido de la palabra: obreros, estudiantes, empleados, empezaron a sentirse, ellos también "gente de teatro". Llegó un momento de supremo equilibrio de auténtica fecundidad. Habíamos dado, quizá, con la solución de la terrible crisis de veinte años agónicos.

Y, sin embargo... sin embargo, ese teatro, nacido bajo un profundo y embriagador signo dionisiaco, llevaba en su misma violencia los gérmenes de su estancamiento.

Por una parte el equilibrio se rompió en favor del que antes, con olímpico y orgulloso desprecio, llamaban los muchachos de la aventura: teatro de empresa. Es muy difícil que la "afición" no se transformara en "profesión", y una vez caídos en esa órbita resultaba aun más difícil escapar a sus fascinantes atractivos: popularidad, mimo, transigencias, "divismo", en una palabra. Por otra, la creciente angustia económica de la Argentina de diez años a esta parte no podía por menos que repercutir en la bazaña de los "vocacionales". Es encantador y hasta divertido to

mar frente a la presión de lo crematístico una actitud romántica y desaprensiva, pero esa toma de posición requiere perentoriamente dos cosas: voluntad heroica y ámbito restringido. El buen hombre de negocios, el "homo oeconomicus" sabe muy bien que puede ser generoso siempre que no tenga competencia; entonces maneja la demanda a su arbitrio.

Aquí hacemos fondo en la encrucijada en que han caído los tetros "vocacionales": el éxito del primer momento alentó las esperanzas o, mejor quizá, las ambiciones de muchos, y proliferaron y proliferan en forma ascendente y vertiginosa, como selva de trópico. Si cupiera en matéria de arte un diagnóstico de naturaleza clínica, yo diría que el teatro vocacional arrogante, está enfermo de cancer: crecimiento desapoderado y dañino de sus células. Esto aparentemente, no sería del todo malo si sólo demostrara una legítima capacidad de acción y, paralelamente, un caso delirio popular por el teatro. NO es así: la enorme atomización trae anemia por que

no hay elementos suficientes de calidad auténtica para man tenerla, y el público, el buen público, vuelva a quedar aturcido y despistado; ausente, en muchos casos. Es, entonces cuando repercute lo económico las sumas a veces astronómicas que hoy requiere el montaje, incluso, de obras sin mayores exigencias obliga a las transigencias, la búsqueda del éxito a cualquier precio, el olvido, en suma, de la posición romántica inicial. Empresas y vocaciones hacen un peligroso punto de contacto capaz de provocar un cortociruito irremediable.

No es ocioso señalar otro rasgo que ha limitado la acción de estos teatros "libras": algunos de ellos -no digo todos como suele pensarse en ciertos círculos de mi

país- nacieron "comprometidos" con determinadas orientaciones de tipo político -ésta o aquella, no me interesa- y el, claro está, determinó automáticamente una restricción mortal de todos los elementos viscerales que sostienen a un granteatro: textos, intérpretes, espectadores. Que tuvieron triunfos y aun triunfos cascabeleros no puede negarse pero estos éxitos de capilla, de cofradía, no pudieron ser, en modo alguno, la solución de una crisis que afectaba y afecta a todo nuestro organismo teatral. Y ello sin insistir en lo menguado que siempre resulta para el arte, y para la escena mucho más, tomar como punto de partida una actitud rígida y, en el fondo de exclusiva propaganda.

La aventura de los "voca-

cionales" continúa, al parecer, con impetu creciente, pero ya hemos dicho que ese crecimiento arrítmico es la razón de su encrucijada, de su manifiesta desorientación actual, que, en última instancia, los ha llevado, también a ellos, a servirse en proporciones elevadísimas del repertorio extranjero traducido, a la búsqueda del reclamo y la originalidad. Desconocer que su esfuerzo, en veinte años de brega, ha sido admirable sería cometer una torpe injusticia, una ingratitud irritante; lo que ya resulta más difícil es vaticinar su porvenir, sobre todo si una pronta y heroica cirugía de urgencia no saja su ya ostensible tumoración.

jorge alberto cartelle

O C A S O

La verdad de una tarde llegando al ocaso,
tu boca y en ella el reflejo pintado de
mi deseo ...

Te vas de mi mirada, caminas el lugar que
no es el mío y encuentras la rosa que no
puedo deshojar ...

Pero estas ahí, inerte en mi devenir,
ausente de mi audacia, pendiente de las
voces que te buscan y que son un murmullo
cerca de mi grito ...

No alcanzarás mi mano, no verás la soledad
de mis días ni el bullicio de mi incertidumbre
ni los rastros de mi deambular.

Acariciaré tu olvido como apartarás mi recuerdo,
haré de mi nostalgia el rezo,
un pan, la eternidad ...

Seré tuyo en lo triste, sonrisa en tus lágrimas
y ausencia en tu lugar.

Colmarás mi vacío, desbordarás mi sed
y en la humana cadencia de un eco de ternura
hallaré tu silencio,
postraré mi ansiedad ...

marta goldin

A VECES YO

A veces, en la mañana, cuando nazco
retomo el lápiz, me pongo cara nueva
salgo a ser cosa conocida,
vergonzante de mi entraña, escrupulosa.

Pero tengo días centinelas
me pongo de mí, cruzo la puerta
no suplanto mi voz ni mis vestidos.

Entonces me agolpo en mí misma.
Me pongo en puntillas a mirarme
me sonrío hacia afuera
existo, de verdad, desenterrada.

roberto luis agüero

HASTA SIEMPRE

Estoy emmohecido de pulsos,
Atacado de llantos
ante mi eterno capote de esperanzas ciegas.

Allá, tú seguirás caminando
con esa eterna figura encorvada por el frío y el hambre;
y acá yo;
siempre yo con mi café,
mezclado de lo permanente
que aún no puedo descifrar.
Hasta cuándo!
Hasta cuándo arrancaré los pétalos de tus caminatas,
en busca simple y llana de soledad
y de paz y de un poco de figuras que escapan!
Hasta cuándo el sufrimiento
que nos ata!

Ya pasó mucho tiempo; o lo que sea.
Pasó y basta!
Adiós muchacho que conocí
esa noche irreal,
cuando me embriagabas de ideas
producidas por todo movimiento.
Adiós!
te extraño;
y de mis labios sale esa palabra
sola, muda;
Adiós!

Gustavo A.

Saccone

un problema de CONCIENCIA

cuento



"Ningún pastor y un solo rebaño: Todos quieren lo mismo, todos son iguales: el que piensa de otra manera va por su voluntad al naniconio."

(Hietzsche)

Hoy me detuvieron. Dos poderosos hombres me tomaron vio lentamente de los brazos y me llevaron a un lugar llamado Jefatura de Policía. Aunque parezca raro los había estado esperando durante un largo rato, sentado en mi viejo sillón de cuero, al cual, creo, no voy a ver más.

En realidad no los culpo a ellos por encerrarme, pues no

pueden penetrar en mi conciencia, fuerte inexpugnable donde las normas jurídicas deben retroceder por la fortaleza de la voluntad. Esa imposibilidad los hace odiarme y sentirse débiles. No! No estoy loco. No puedo estarlo! Lo veo todo claramente, como siempre lo vi. Los veo como hombres de muchedumbre con conciencia colectiva. Espíritus mediocres; defensores de los débiles. Sociedad de cobardes...

II

La había visto varias veces; me causaba asco y repulsión a pesar de que en mi mirada no había la intención de observarla. Era una mujer de treinta años; sin embargo la vejez cruzaba su cara haciéndola parecer de cien. Su pelo, rubio pajizo, caía sobre los hombros flacos y encorvados. Estaban tapados por un trozo de tela mugrienta que hacía de vestido y, que abierto en el pecho, dejaba ver su seno arrugado y flaco del cual mamaba un niño de meses. Con una de sus manos sostenía al niño y con la otra, extendida, pedía limosna.

Al principio no me di cuenta de que aquella escena podía durar mucho tiempo; luego, al convertirse sus mendigas en un hecho permanente, fue insoportable. Durante horas y horas, sentada en la calle, su mano permanecía lánguida y horizontal. Su hijo tenía la boca contra el pecho, permanentemente.

Algún imbécil sentimental dejaba caer en aquella mano una moneda y se retiraba satisfecho de su acto. Creían tener de esa manera su conciencia tranquila. Cínicos la mayoría; hipócritas los demás.

Desde mi balcón los observaba tranquilamente. Veía que nunca podría ayudarlos en algo, pues eran despreciables. Y el desprecio, al fin, trae la indiferencia. Desde entonces me formé un concepto nuevo del hombre vulgar. Diríase que los analicé; que sopesé nuevamente sus valores y luego los juzgué. Esto lo hice para comprobar una vez más que no estaba equivocado. Eran todo y nada. Todo, pues eran elementos

comunes de un juicio general sin distinciones. Nada, pues na da saqué en limpio de sus voluntades. Eran voluntades sojuzgadas por el miedo y el dogma común. Ciertamente parecerá ra ro cómo se puede analizar a un hombre por sus gestos o por su expresión; pero la realidad se marca demasiado en sus caras y éstas muestran lo que sienten intimamente: vi caras tor cidas en gesto de asco; vi otras indiferentes; otras tranqui las al dejar su moneda; y vi otras satisfechas por nada...

Comencé a pensar en esto. En el difícil problema de conciencia de resolver su humana y misera existencia. Revolví libros. Leí la biblia; recorde el pasaje del fariseo herido; busqué! y qué me dejaron? Tan sólo angustia ... desazón ... tristeza. No sé... Sólo sé que me animé a definir mi actitud. Fui por los senderos más escabrosos de mi conciencia sin anquilosarme en ellos. Sabía que podía matarla! Era un acto de justicia humanamente distinto! No tenía derecho a vi vir! Vi el signo de la eutanasia como una perfección. Aquellos que no pudieran subsistir por si mismos, pensé, debían morir: los inútiles, los fracasados, los pordioseros, todos. "Es esto muy hermoso" me dije, "pero tendrías que arrasar con casi toda la humanidad". "No importa" grité, "empezaremos".

El atardecer era hermoso. Tomé un winchester que tenía guardado desde hacía tiempo. Siempre me gustaron los winchester. Por eso lo tenía limpio y lustroso. El sol en su ocaso favorecía mi puntería. Apunté perezosamente sobre mi objeto vo y decidí tirar. Una serenidad extraña me invadió. El pul so estaba firme. El deseo de terminar empujó el gatillo hacia atrás. El disparo dió en el centro de su pecho. La mujer gritó y quedó estirada sobre la lánguida mano. Después vi la sangre brotar a chorros. Vi sus ojos acusadores mirarme. Me senté. Esperé pacientemente a que vinieran a buscarme. Había cumplido.

III

Ha terminado la segunda parte de esta tragicomedia que llaman justicia. Me llevan a la horca. La gente se agolpa a mi paso gritando estupideces. Uno de los tantos me hace reír. Dice: " Esa mujer tenía derecho a vivir ". Me suena a falso.

Nada más me queda por decir. Me han dado tiempo para terminar estas páginas. Un hombre se acerca y me coloca una soga. Apenas si puedo ya hacerlo. Su mano, ahora, aprieta mi cabeza contra un palo que siento atrás de mí. No tengo miedo. Sólo compasión. Estoy sobre las compuertas que me llevarán a la muerte. La eternidad avanza hacia mí...

IV

Abran las compuertas!



carlos schork



Fue una de las tantas tardes en las que me sentaba en el balcón. Nunca pude saber si lo hacía para distraerme o para mirar la gente que pasaba a esa hora por la calle. Pero eso ahora no viene al caso, lo que verdaderamente importa, es que esa tarde, después que me levanté de la siesta, me senté en la ventana; y que ese día fue cuando lo vi pasar. Sí, al principio no me había dado cuenta, recién lo descubrí, cuando ya estaba a unos cuantos metros, después que había pasado por debajo de mis narices, y digo así, porque la ventana de mi pieza estaba situada en el primer piso, y el pasó caminando por la vereda. Fue entonces cuando me di cuenta, de que él tenía que ser, al estudiarlo un poco de atrás. Sí, estaba seguro; era ese y no otro; por el pelo cubriéndole la nuca y también parte de la solapa del saco, por las espaldas anchas y la forma de caminar con la cabeza inclinada hacia adelante,

y a un costado. Lo que conocía de él, se adaptaba perfectamente a lo que acababa de ver.

No perdí un sólo minuto y bajé apresuradamente la escalera que llevaba a la planta baja; en el camino me encontré con mi vecino de habitación que se quedó medio parado, y medio preguntándome; y medio no le contesté, porque alzó levemente los hombros y no pude ver más, ya que estaba en la calle, buscando al hombre aquel impacientemente. Recién al llegar a la esquina lo vi, me paré un rato y traté de respirar; estaba agitado, no sé si por la corrida o por la emoción de no haberlo perdido, pero me costó un poco tranquilizarme y casi no podía hablar. Empecé a caminar lentamente detrás de él. Todo consistía por el momento(pensé), en seguirlo de lejos, sin que él notara mi presencia, tres o cuatro casas más atrás.

Así fue, como al rato me hallaba caminando por las afueras de la ciudad. Estaba oscureciendo, cuando andábamos, por una de las calles que bajan al río. Muchas veces estuve tentado de acercarme y hablarle, preguntarle por alguna calle o por algún lugar; la cuestión era escucharle la voz, mirarlo un poco más de frente, aunque no cabían dudas que era él. Caminé dos o tres cuadras, cuando pensé que le había perdido los pasos y que seguramente se había metido en algún lugar, porque no lo veía; pero al pasar por el foco de la esquina, su figura tomó nuevamente formas y creo que hasta respiré, porque de haberlo perdido de vista, hubiera sido el fracaso de mi obra maestra. Apresuré el paso a punto tal, que llegué a tocarle los talones. Anduvimos unos pasos más y se metió en un café que estaba a mitad de cuadra; yo seguí caminando hasta la esquina sin saber qué hacer. No me animaba a entrar, pensé que él, había notado que lo seguían, porque una o dos veces durante el camino, había mirado hacia atrás. No aguanté más y entré al lugar. El salón estaba cubierto de espajos, que multiplicaban constantemente las mesas y sillas las luces y las personas, que estaban metidos en él, como tratando de hacer crecer sus dimensiones.

Busqué una mesa cualquiera y después que me senté, lo busqué a él, pero no estaba. Traté de tranquilizarme suponiendo que podía estar en el baño; una necesidad inmediata, me dije, pero después de estar casi media hora, sin verle ni la sombra, pensé que la necesidad primaria, podía haber sufrido complicaciones. Sin querer me distraje, observando la fisonomía de aquel lugar. Había una vieja victrola, de las pocas que quedan, donde se escuchan tangos de Gardel o de Canaro. Y del techo alto y resquebrajado pendían tubos. Fluorescentes que se mezclaban con los aletones negros de los ventiladores viejos, como si fueran a dar comienzo a alguna danza o a un minué federal.

Después de tomar el café, casi frío, casi con borra, en ese pocillo ajado y con el borde oscuro, no por ese café, si no por el uso de unos cuantos meses, de unos cuantos cafés, de unas cuantas bocas que besaron diariamente la loza blanca en un afán de comprender palabras o hechos, de sacarse el frío o de humedecerse la garganta; me acerqué al mostrador para preguntar por el baño; estaba seguro que me indicarán: Al fondo a la derecha. Y sonreí cuando lo escuché.

Me hice paso entre algunas mesas y algunas sillas desordenadas, noté que algunos de los que estaban sentados por al gunos rincones, me observaban. Casi tambaleando llegué hasta las puertas amarillas, por donde emanaba ese olor característico de todos los baños. Eran dos puertas indiferenciadas, sin letras ni figuras de distintos sexos. Elegí la que estaba a mi derecha y me sentí aliviado, cuando detrás de una lápida blanca, distinguí los redondeles también blancos. Estaban desocupados. De las puertas que había enfrente, gare bateadas y sucias, dos se hallaban cerradas.

- Está ocupado - escuché después de haber intentado abrir una, y la segunda giró en silencio hasta dejarme ver el hueco vacío

No había dudas, estaba ahí. No podía estar en otro lugar que no fuera ese. "Detrás de la puerta se esconde un hombre, un personaje sin nombre", pensé. Me entraron ganas de

orinar y traté de hacer tiempo para esperar a que saliera. Tenía que estar seguro antes de volver al salón. Sentí el ruido del pasador, y creí que iba a salir corriendo del baño sin embargo aguardé a que se abriera la puerta, mientras me peinaba delante del espejo, a través del cual veía perfectamente el plano que me interesaba.

Estaba de nuevo en el salón, no sé si desesperado o abatido; sentía las palmas de las manos húmedas y en todo el cuerpo un extraño y espantoso temblor, que no me dejaba quieto en la silla. Pensé que afuera debía hacer mucho frío y me volvió el molesto castañeteo de los dientes. Aún tenía delante de mis ojos, la puerta garabateada y sucia del baño cerrado, y más tarde, también la misma puerta abriéndose entre el ruido del agua y del pasador, y aquella figura distinta de la que esperaba ver, pero no por eso desconocida, porque ya no había duda que entre las dos imágenes: la que yo buscaba y la que acababa de ver, existía un extraño parecido que yo traté de encontrar, pero que la mirada de él, desde su mesa, dos o tres más allá de la mía, no me lo permitió. Sentía que su mirada me caía encima, en la misma forma en que a veces nos cae la luz del sol por las mañanas, en esa forma medio buscando en nuestro interior, medio escurbando, medio averiguando. Traté de esconderme o de achicarme dentro de mí, o detrás de la silla que tenía enfrente, o de las otras sillas que estaban de por medio antes de llegar a la mesa de él o a su silla o a él mismo. Quería meterme de los ojos para adentro y hasta quise cerrarlos, pero pensé que sería inútil, que con sus gruesos anteojos, podía verme a través de los párpados caídos y de lo blanco del ojo y de la parte marrón, y que terminaría por entrar en el punto negro definitivo.

Estaba casi inmóvil en mi asiento. Concluí que si intentaba pararme no lo lograría, y me conforme con no probarlo. Lo único que sentía en mi cuerpo era el castañeteo de los dientes y el temblor interno de las venas. Procuré tranquilizarme y pensar que ese hombre no era el que yo había perseguido

y que había visto entrar en el café un momento antes que yo.

Me sentí desfraudado al pensar que el personaje que había encontrado para mi novela, y que durante tanto tiempo había tratado de hallar, ahora se escapaba bajo la apariencia de otro al que no le correspondía la fisonomía que yo le había determinado previamente. Sin quererlo pensé en el otro: sin anteojos, con el saco gris y el pelo un poco descansando sobre la solapa del saco, la camisa blanca y los pantalones claros. Ensayé pensar que aquel hombre no era el mismo que ahora estaba unas mesas más allá, vistiendo un saco negro, brillante y arrugado, con la solapa levantada y los gruesos anteojos negros y la remera azul desteñida. Estaba seguro de que aquel hombre, que me había visto perseguirlo, ahora, después de su transformación, me acosaría constantemente y nunca me dejaría de mirar con esos anteojos que tenía.

Sin darme cuentas, tenía la mirada suspendida en los bordes oscuros de la mesa, en esas marcas formadas inconscientemente por las colillas encendidas que, abandonadas por imaginarios jugadores de truco o de chinchón, en las esquinas de la misma, habían grabado en la madera la monotonía de las tardes y de los días. Levanté la vista y sentí un frío que me corría por la espalda, y que luego se prolongaría al respaldo de la silla y al suelo. Aún estaba ahí, mirándome con la misma frialdad e intensidad de hacía no sé cuánto tiempo. Podría haber dicho, que su posición no había cambiado, que no había movido un solo dedo de su mano o abierto la boca, ni mirado a alguna vieja que pedía limosna entre las mesas y que yo tampoco llegué a ver. Pensé que al pararme y salir del local, él me seguiría. Estaba tan seguro, que no me animaba a mover un solo pie. Me propuse contar hasta diez y salir corriendo. No lo cumplí y al rato ya contaba por el ciento treinta y cuatro y aún estaba tan inmóvil como antes, tal vez esperando que él se levantara o que desviara la vista hacia otro lado. Decidí que al llegar a ciento setenta lo haría y después al doscientos diez y si no al doscientos cincuenta y finalmente prometí que cuando contara trescientos,

me iría; aunque él también se levantara detrás de mí. Entre los doscientos noventa y doscientos noventa y cinco dispuse todo para salir más rápidamente y al llegar al doscientos noventa y nueve ya había alejado prudencialmente la silla para largarme con menos dificultad. Salí, primero caminando y después casi corriendo la última parte que me separaba de la puerta, porque lo llegué a ver, por los espejos, levantarse.

Al principio no entendía hacia donde iba, sólo me limitaba a correr lo más rápido que podía y después de varias cuerdas, en las que alternativamente me volvía para mirar atrás y lo veía a él seguirme casi corriendo, sospeché que andaría mos cerca del río. Esa idea me aterró más aun y me hizo correr con celeridad. Las sombras se cruzaban a mi paso, me hacían ver extraños animales o figuras que corrían a la par mía y que a veces también quedaban atrás, cuando me daba vuelta para mirarlo. Cada vez me parecía tenerlo más cerca y hasta creí escucharle los pasos tragándose el ruido de mis pasos, y su sombra juntándose con la mía que se iba internando entre los árboles haciéndoles mover las hojas y crujir las ramas; me pareció que se me caerían encima. Sentía los zapatos pesados por el barro que había en la calle y el cuerpo totalmente húmedo y helado. De pronto rodé por el suelo, al llevarme por delante un riel de ferrocarril. Me paré y corrí aun más. Ya casi él estaba a pocos pasos.

Caía continuamente, al tropezar con los desniveles del suelo y me volvía a parar y el acortaba mientras tanto la distancia, en forma tal, que ya no me animaba a mirar para atrás, por miedo a tocarlo o a toparme con su cara o con sus lentes oscuros. Ahora me parecía escuchar su respiración agitada. Sentía ruidos y golpes atroces y algo que estaba escondido detrás de un árbol me hizo gritar, cuando se me atravesó en el camino y me lo llevé por delante, produciendo un ruido que me erizó los pelos del cuerpo. Y seguí entre los árboles y el barro de la calle y las figuras de él, y a cada rato me parecía que iba a saltar desde atrás de las puertas o a la vuelta de las esquinas. Trataba de internarme por

calles oscuras, pero continuamente me seguía. Se me ocurrió refugiarme en mi habitación, pero tenía que distraerlo y aún me pisaba los talones. Sentía el cuerpo fuera de mí me iban a estallar las venas y estaba apunto de vomitar. Llegué a pensar que hacía más de una cuadra que no respiraba. No podía ser, pero estaba tan inconsciente, que ya concebía cualquier barbaridad. Corría. Faltaban pocas cuadras, pocas cuadras y estaría a salvo en mi habitación. Necesitaba distanciarme para alcanzar a subir y trancar bien la puerta.

Me fue casi imposible subir los escalones; me parecían pesados y desaparejos. y que rodaría por las escaleras en cualquier momento; las piernas no me respondían. Me asusté al cruzarme con mi vecino que, debajo de la luz, parecía un monstruo impresionante. Me preguntó si me ocurría algo, pero no tuve tiempo de contestarle, tenía que liberarme. Pensé que no pasaría más de un segundo antes de que se volviera a abrir la puerta de calle por la que acababa de entrar. Me encerré en mi pieza y permanecí en la oscuridad, apoyado contra la puerta. En ese momento presentí que nunca podría liberarme de él; que en las noches me perseguiría y también en los sueños, y que pronto estaría del otro lado, tratando de entrar. Encendí la luz, la mano me temblaba y creo que grité cuando vi los anteojos oscuros, el saco negro, brillante y arrugado, y la remera azul, copiados en el espejo del ropero.



Apenas fue un susurro sofocado contra la almohada. Un su-
surro áspero que no habría llegado a ser nunca grito porque
él, adivinando su miedo, le había tapado la boca con la ma-
no.

Después no se resistió más. Sentía, sí, un letargo y una
inmovilidad como de sueño y un gusto raro que le subía desde
el estomago. Un sabor idéntico al pastel rancio que había co-
mido la semana anterior. Un pastel hermoso en su apariencia,
que estaba guardado en la alacena desde hacía unos días.
Ella se había acercado resuelta, porque estaba sola, y como
si en realidad le gustase, lo fue comiendo lentamente. Luego
un sabor horrible y una sensación asquerosa le llenó la bo-
ca. Y con los labios puestos debajo de la canilla abierta,
el agua que le entraba hasta la garganta, le fue lavando ese
malestar.

- El agua es fresca y lo lava todo -recordó.

En cuanto él la dejase levantar, iría rápidamente hasta
el baño a lavarse. Sí, eso sería lo primero. Tendría que ir
ligero porque a lo mejor ve-
nía la señora y la retaba.
Y esta vez, seguramente, no
tendría ninguna contemplación.

La vez del pastel fue la
primera que la señora se eno-
jó. Ella se sintió importan-
te, aunque no sabía bien por
qué. Quizá por que entendía
que de alguna forma, alguien
estaba pendiente de lo que e-
lla hacía.

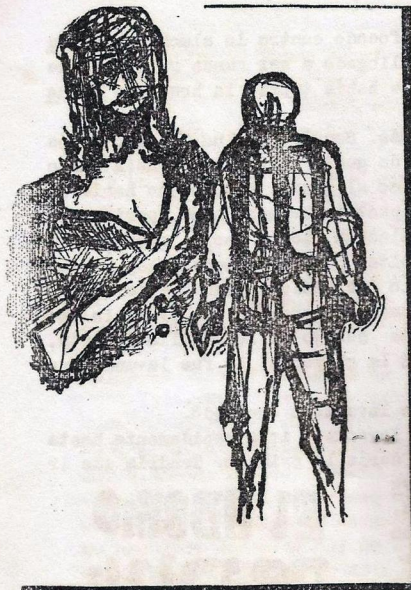
En cambio el otro día el
reto fue en serio. Ella quiso
explicarle todo, pero no pudo.

EL ABOGADO DE PLU- MAS

CUENTO

alberto
lagunas

Cada vez que quería hablar con la patrona, la saliva se le a tragantaba en la garganta y no la dejaba articular palabra.



Sí, podría haberle explicado que los chicos le pedían y que a ella le gustaba mucho. Pero cómo se lo decía, cómo le decía, por ejemplo que esa tarde Pascualito y Federico, empezaron a golpear las manos y a cantar.

- Dale sonsa.

- Metele Juana, qué estás esperando, que venga mamá?

Y ellos seguían cantando y golpeando las manos. Entonces comenzó a cantar también y despacio, empezó a desvestirse: primero y con cuidado la pollera; luego un poco más ligero, la blusa y la enagua.

- Ahora dale -gritó Federico, que siempre era el que más la apuraba.

Fue cuando se iba a sacar el corpiño que entró la señora.

- Desvergonzada -dijo- vistiéndote delante de las oriatu ras. Ustedes váyanse a otro lado: ya les he dicho como ochenta veces que no vengán a la pieza del servicio. Y vos, no te muevas de aquí hasta que te llame.

Y si llegaba ahora y la llamaba?. No sabía qué decirle. Sí, reconocía que era un poco tonta. Y también idiota, como le había dicho alguna vez la señora. Pero de todas maneras, ella no podía abrir la boca. Como le explicaba, por ejemplo que Federico había entrado a su pieza y le había dicho:

- Juana , no te desnudás para mí solo?
- No -se había resistido.
- Por qué?, aprovechemos que estamos solos.
- Por eso. Y Pascualito?
- Pascualito se fue al cine. Yo le pagué la entrada.

La entrada y también caramelos tuvo que darle para convencerlo de que lo dejara solo con Juana.

Después tendría que contarle a los muchachos cómo le había salido el asunto.

- Sonso, -le habían dicho- Qué estás esperando. Si se desnuda es porque le gusta...

- Sí, pero Pascualito es muy mocososo.

- Y vos, pajarón?

- Eh, yo sí. Los estúpidos son ustedes que no entienden.

- Andá, andá, y después nos contás que tal te sale.

- Metele, desnudate, -insistió simulando seguridad- No lo hacés siempre para nosotros?

- Para los dos, sí. Pero hoy me mirás distinto. No quiero.

- Dale... a ver...

Y comenzó a cantar y a golpear las manos. A ella le gustaba esa música. Aunque no sabía bien si era la música o las palmadas. Porque cada palmada le penetraba en la piel suavemente. Lentamente. Y ya los dedos se liberaban de las manos y se detenían en los botones. Y ya las palmadas entraban en las caderas y en la boca. Y ya ella misma cantaba esa melodía.

Luego me aplaudirán, como siempre. -pensó- Aunque ahora estaba uno solo para aplaudirla. Pascualito siempre se reía cuando terminaba y le decía, gritando:

- Vestite y empezá otra vez.

- No. Esto se hace nada más que una vez.

Sólo una vez. Estaba segura porque así lo había visto en el cine. A ella le hubiera gustado ser igual que esas artistas. Pero actuando para los chicos se sentía muy contenta. Lo único que deseaba para completar su felicidad era llevar

un adorno pequeño, con brillantes, del que salían un sin fin de plumas también pequeñas. Lo que no recordaba -o quizás nunca se había puesto a pensar- era si ese adorno lo había visto en las películas o se lo había imaginado ella misma.

- Bueno, ya está. Ahora andate.

Por una vez se había olvidado de los aplausos finales.

Federico no contestó nada. Se acercó y la empujó sobre la cama. Y luego ella ya no supo qué estaba pasando. Ahora comprendía, aunque no claramente, los consejos que alguna vez le había dado su madre.

La culpa es mía -pensó- tendría que haber estado también Pascualito.

Y luego trató de levantarse, de echarlo. Pero no pudo.

Quiso gritar, pero la mano de él le tapó la boca y le aplastó la cabeza contra la almohada. Y entonces se abandonó a esa nueva sensación que la invadía. Como en las siestas de verano, cuando se tendía en el patio de tierra de su casa. Siempre temiendo que viniera su madre y la retase porque estaba sin hacer nada. "Por qué no crecerás de una vez, para colocarte", le decía.

Y ese letargo que comenzaba despacio, le fue haciendo olvidar de su madre, de su casa (allá, tan lejos) y de su patria.

A la noche, cuando sirvió la cena, le dijo a la señora que se sentía descompuesta. El gusto asqueante le seguía.

- Qué tenés, Juana? -le preguntó.

- Nada -tartamudeo- Me habrá hecho mal el pastel.

- Qué pastel, si hace más de una semana que lo comiste. Bueno, bueno, andá a acostarte. Vos siempre con alguna maña.

Luego se lavó mucho y tomó agua hasta hartarse.

Estaba bastante mareada cuando se acostó. Y el mareo le siguió mientras dormía.

El cuerpo era macizo esa mañana cuando se levantó. Federico la miró de lejos y no le hizo caso.

Ella tampoco le prestó atención. No sabía bien qué sen-

tía, si vergüenza o rabia. Algo le oprimía la garganta. Por eso lloró con fuerzas mientras cuidaba el lavarropas. Después las lágrimas le impidieron ver la basura cuando barría la vereda. Y a la siesta se encerró en su pieza y siguió llorando en la cama, ya sin saber la razón.

Y no hizo caso de unos golpes que oyó en su puerta, porque creyó que era Federico.

De nuevo los golpes, rápidos, como jugando. Y luego una voz aguda le dijo alegremente:

- Qué te pasa Juana, no me abris?

- No.

- Por qué -protestó- Federico me dejó solo. No sé que te nía que contarle a los muchachos.

- Yo también estoy sola. Pasá -le dijo y cerró la puerta.

- Juana, por qué lloraste? Vos has llorado, no?

- No.

- Sí, a ver -y se acercó y le dió un beso en la mejilla.- No llores más.

Luego empezó a cantar.

- Ayer no estuve y vos te quedaste con Federico. Bailaste para él.

- No. Y no bailo más para nadie.

- Por qué? -comenzó a golpear las manos, mientras seguía cantando. Como entonaba mal, a Juana le dió risa.

- No, así no. Así...

Y mientras le demostraba como era la canción, empezó a sacarse la ropa, despacio, como siempre.

- Sabés -le dijo- me gustaría tener un sombrerito de plumas en la cabeza.

- No te aflijás -la consoló- Yo te lo voy a comprar, cuan do sea grande.



nuarás mintiendo, como lo hiciste siempre. No sé a quién, pero mentirás.

- Pobrecito...

- Cómo fue?

Preguntaban cómo fue. No se los dije, no hubieran entendido. Por otra parte, siempre se pregunta cómo fue. Queda bien, o es una costumbre. Los hombres tienen qué hablar, preguntar, profundizar, aun en lo que les está vedado: la palabra donde la palabra no existe. Vos lo sabés bien Rafael Velarde. Yo sé que no te engañabas, que sabías como supe yo, eso: que no servías. Algo te habrá impulsado a continuar, a seguir mintiendo a los demás para salvar tu mentira. Tenía que ayudarte Rafael. Estoy seguro que me lo agradecerés ahora, eh?

Y ellos, todos los mentirosos, estaban anoche a tu alrededor, junto a tu cuerpo descolorido, cerca de tu boca entreabierta, lejos de vos; sin saber nada, llorando tu alegría, tu descenso.

- Tan joven... -dijo alguien.

Si hubieras tenido cincuenta años también hubieran dicho que aun eras joven. Y tantas otras cosas. Claro, ellos no leyeron aquellas palabras que encontré un día en tu sotana, perdidas en un bolsillo, escondidas del mundo, y que me confirmaron que vos sabías Rafael. Te acordás lo que decían, no?: "Dios no existe, Cristo fue un farsante". Me resulta terrible recordarlo. Después de leerlas quedé extrañamente impresionado. Vos, que predicabas con una sensibilidad envidiable, que habías asimilado la doctrina en una forma incomprendiblemente clara, vos decías eso, que Dios no existe, Rafael. Creo que siempre esperaste que yo te ayudara de algún modo. Querías luchar por algo que no sabías mentirte. Por eso fuiste un hombre íntegro, y merecías que no te dejara solo.

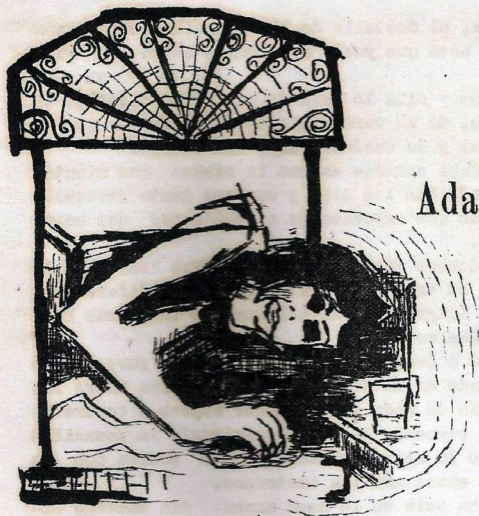
Y anoche tuviste que tolerar toda esa farsa. La que voy a tener que soportar yo algún día. Esa gente, ese olor, el murmullo, los cómo fue, la inmejorable representación de la

verdad destrozada. Pobre Pafael que una vez lloraste abrazado a la cruz porque sabías que estabas juntando espinas para otra corona.

Hoy estás en paz. Creo que te envidio, lo confieso. La noche se había perdido pero la farsa continuaba; ahora en la hilera negra y lacrimógena, hacia el cementerio. Vos adelanté Rafael, enseñando el camino. Dios me ha comprendido, lo sé, pero igual tengo miedo. Y necesito convencerme de mi propia interpretación de la caridad y de la doctrina.

Rafael Velarde, q.e.p.d. Sí. Sin miedo Rafael. Yo te ayude y no estoy arrepentido; y tampoco voy a decirle a nadie, jamás, lo que un día escribiste: "Dios no existe, Cristo fue un farsante". Los dejaré continuar la hipocresía del desconocimiento, que es la de ellos mismos. No, a nadie, las tengo acá, guardadas en el bolsillo de mi sotana.





Ada Donato

MIEDO VERDE

relato

Estaba acostada boca arriba y por la persiana del balcón que daba a la calle, se filtraba una luz verdosa que no era la de todas las noches.

Adentro y afuera había una quietud sofocante y la breve brisa caliente insinuaba apenas una panza dentro de la cortina que caía, transparente, casi hasta el suelo.

Por momentos cerraba los ojos. Pero algo la obligaba a abrirlos de nuevo y en el juego de luces atenuadas y sombras llenes, intuí, el perfil de la cómoda, la línea redonda del

respaldo del sillón, el destello de los caireles de la araña y la joroba de una bata que yacía amontonada sobre los pies de la cama.

Todo era inmenso y ella lo veía de un color distinto al de las demás noches, de un verde apagado y alucinante que le puso piel de gallina y le secó el sudor del cuerpo.

Se incorporó para echarse encima la sábana que minutos antes había rechazado con los pies y con ese gesto pretendió defenderse del miedo que empezaba ya a apoderarse del espacio que la rodeaba.

Sabía que las noches tienen un color aunque les falte la luz y las recordaba en toda su amplitud de grises diferentes. Esta era distinta. Agigantaba las siluetas de las cosas hasta volverlas fantasmales.

El reloj empezó a desgranar su melodía y le puso fondo al vuelo desenfrenado de un bicho ciego y perdido entre las sombras que despedía en cada giro su olor áspero y concreto.

Ella creyó que cerrando los ojos, disiparía la pesadilla de su vigilia, pero la noche iba adquiriendo fuerza con su color distinto que aumentaba los contornos.

Sabía que estaba sola en la cama ancha. Sin embargo extendió un brazo para cerciorarse. El bulto caliente donde se depositó la mano crispada, la hizo lanzar un grito sordo de angustia contenida, que murió con el último tin-tin lento de la caja de música.

No quiso volver la cabeza. Nunca había compartido con nadie la cama heredada de los padres. Y menos ahora, cuando más que nunca tenía certeza de su soledad.

En el techo de esa pieza, a la hora de la siesta, se filtraba un único rayo de sol, que en la oscuridad de las cortinas corridas reflejaba un rectángulo neto donde se proyectaban, invertidas, las imágenes de los autos y las gentes y los perros que pasaban por la calle.

Ahora, alguien estaba tendido a su lado y ese alguien de

bía tener un rostro terrible, más terrible aun que la penumbra verde y distinta de esa noche.

No retiró la mano del bulto caliente que respiraba con ritmo parejo porque estaba aterrada y no podía moverse. Pensó en los muertos. Recordó que los muertos son fríos y quietos. Pero también las otras noches habían sido grises y esa noche terrible, verde y monstruosa.

El perfil de la cómoda tenía un ojo semicerrado y la línea neta y redonda del respaldo, del sillón, semejaba una frente inmensa atravesada por surcos de descontento. La bata amontonada y yacente parecía cubrir un volumen desparejo y estático. Los caireles de la araña eran las gotas de sudor de una cara enorme que lo dominaba todo o las lágrimas dispersas del miedo verde que entraba por la ventana.

El corazón y las sienas le latían con demasiada velocidad. Sentía la boca seca y ardientes los ojos desmesuradamente abiertos.

Un reloj lejano dió las dos.

Se levantó un poco de viento y las cortinas suaves flotaron hasta rozarle la cara.

Nada respondió al grito de ella. Nada traducida en silencio y eco breve y retrasado. O el eco no fue, sino para ella yacente y envuelta en verdes gasas de aire?

Ensayó un raconto que pudiera darle la pauta de lo que estaba sucediendo, pero los episodios de pasado y presente se le mezclaban y la confundían aún más.

Ahora el perfil de la cómoda, mostraba una barba espesa o una gola ajada, o una mano que se plegaba sobre el cuello inclinado, que se desvanecía en una mancha de sombra verde más fuerte que el que predominaba en la latencia flotante del aire.

El bulto caliente y quieto respiraba con ritmo parejo y el bicho ciego perdido en la oscuridad, describió una elipse y se perdió en la calle iluminada con luz de mercurio.

Insistió en la búsqueda de una explicación. Pero no tenía recuerdos. Sus vivencias pasadas estaban muertas y desde

el presente sólo le llegaban imágenes enormes, ruidos diferentes, un olor de extramundo y el predominante verde del miedo que la acosaba desde hacía algunas horas, cambiante y extraño, fantasmal y violento. Y el cuerpo allí, tendido a su lado; con la tibieza de los vivos y la horizontalidad definitiva de los muertos, animado sólo por el ritmo de la respiración, indiferente al zumbido del bicho de luz, al tintín de la caja de música, a la voz del campanario lejano y al grito sordo y apretado de su garganta reseca.

Se despertó bien entrada la mañana. Tenía la mente limpia de todo recuerdo y la mano aferrada a la sábana. Le costó trabajo desprender los dedos del género arrugado. Miró la botella vacía de licor sobre la mesa de luz y la relación con la amargura de la boca y la pesadez de los párpados.

Sólo tuvo noción de su inmensa soledad.

Y se durmió de nuevo.



4 OPINIONES SOBRE UN MISMO TEMA

"...A ello hay que añadir una abundante ornamentación de actos sexuales, armas, delitos, cabalgatas, torturas, crímenes, peleas y un suicidio. La escritura es rudimentaria e inexpressiva, con ocasionales apogones en la inteligibilidad cada vez que el autor decide desplegar su particular versión de la prosa faulkneriana. Lo que más llama la atención es el completo descuido del autor en cuanto a la verosimilitud en la realización de sus relatos: es obvio que concibe abstractamente la "idea" a narrar y se desentiende luego de las exigencias de realidad en la encarnación, a fin de que el efectismo alcance el grado máximo. Todas estas características hacen que el libro quede en un nivel comparable al de las historietas de aventuras. Y ese nivel obliga a descartar la obra como objeto digno de atención para la crítica literaria."

- H.A. Murana (CUADERNOS Nº 85)-

"...Su personalidad atrae, arrastra, envuelve en ese clima de violencia que tan bien logra crear.

....Dice Bosch que hay dos leyes ineludibles en el cuento: a) la ley de la fluencia constante y b) la obligación de no desviarse del tema con palabras innecesarias. Sáenz cumple cabalmente con estos requisitos. Sus cuentos son un constante, rápido fluir. No se detiene. Por el contrario. Parece apremiado, urgido por una ansiedad angustiosa de llegar. Llegar al final. Precipitarse hasta agotar a sus protagonistas. Y queda el lector atrapado por la magia del desenlace inesperado que tan bien maneja y dosifica Sáenz. Cabe sólo mencionar cuentos de tan acabada factura como Cabo Manila, Treinta Trienta, Libertadura."

- María Isabel D.G. de Mac pesenti (CRITICA 64 Nº 9-10)-

DALMIRO

SAENZ

Treinta Treinta

"...Es raro encontrar, en estas narraciones, algo más que un aplicado ejercicio literario, la reiteración de fórmulas que en la previa producción de Sáenz no sólo deslumbran sino que quizá prometían una examinación de la realidad, la maduración de un universo propio tanto o más real que el otro. Esas fórmulas suelen fatigar: la sorpresa final (caso típico: "Alguien en algún lado", un texto sin asidero y elaborado para cubrir renglones), el uso exagerado de las elipsis, la escritura pastosa, demasiado retorcida e igual, aunque no exenta de ciertas metáforas brillantes."

- (PRIMERA PLANA Nº 64).

"...Es innegable que en su cuarto libro, Treinta Treinta, Dalmiro Sáenz repite la temática de sus otros tres libros; pero lo que también es innegable, es que su estilo ha mejorado fundamentalmente; así también ha prestado mayor cuidado a la rebuscada repetición de términos, a las reglas elementales de sintaxis, a las conscientes transgresiones a la puntuación, de las que hace uso insistente en "Hay hambre dentro de tu pan".

...Dalmiro Sáenz es un escritor, un gran cuentista que mira y narra lo que ve. Por consiguiente, habla del hombre: de cómo vive y de lo que hace; lo que escribe nos pertenece entonces, un poco a cada uno.

...La riqueza de sus frases, alimentadas a veces por paréntesis con monólogos interiores, hacen la lectura ágil, entretenida: absorvente por su fuerza narrativa.

...Cabo manila, uno de los mejores de esta serie. Y por supuesto: Libertadura y El ladrón del tiempo".

Oscar R. Berduna (Intermedio Nº 8)

Comencemos aclarando dos conceptos muy usuales, y a menudo más confundidos aún: mensaje y literatura comprometida.

Mensaje es lo que el autor aportó de nue-

MENSAJE Y COMPROMISO

vo al mundo: la idea, el pensamiento que deja la obra literaria. El diccionario de la Real Academia lo define como "planeamiento de una cuestión" y luego, como "revelación de un pensamiento original".

Compromiso significa abanderarse en una corriente, política o sociológica, principalmente. Es más trascendente y externo que el

mensaje: el compromiso no se concibe sino relacionado a una idea o tendencia exterior al autor, al escritor. Por eso la Real Academia lo define como "obligación contraída, palabrada, fe empeñada": porque implica fidelidad a una teoría exterior al sujeto-autor.

El mensaje, cuya característica sobresaliente es ser original, generalmente tiene origen en el autor, es una idea personal a él; el compromiso —en su sentido técnico— literario— consiste en la subordinación a una idea extraña, actualmente de índole político-social.

El mensaje es espontáneo; el compromiso es preexistente a la obra de arte: el autor utiliza a la obra como medio para conseguir la difusión o afirmación de la doctrina en la que milita.

Es de notar que casi todas las obras tienen como finalidad la expresión de una idea, si no nueva, al menos estructurada en forma nueva, nueva en su expresión personal (salvo las obras netamente formales, la poesía por ejemplo; por eso Paul Valéry pudo decir que "un poema debe ser una fiesta del espíritu, la transmisión de una sensación, no de una idea considerada como posición o argumento). En consecuencia, ca-

si todas las obras traen un mensaje (y según la salvedad anterior, al menos un goce estético). Pero la cuestión fundamental es: deben significar un compromiso? La respuesta es ardua: hay que aclarar una intrincada cuestión previa: qué es literatura y cuál es su objetivo o finalidad. La posición del escritor ante la literatura acarreará nitidamente la solución.

Recorriendo velozmente las principales respuestas ya tipificadas sobre qué debe entenderse por literatura, podemos decir:

- a) Es una función lúdica (Valéry; es un juego, un retorno a la infancia, es forma agradable, placer estético).
- b) Es una evasión (de la vulgaridad; es vuelo de la imaginación. Su extremo es la literatura "rosa", de en sueño).
- c) Es un ansia de inmortalidad (de gloria, de victoria, de grandeza).
- d) Es esencialmente un compromiso ante el mundo.

Si en términos generales aceptamos la literatura como juego estético, como evasión, o ansia de inmortalidad, el compromiso no tiene cabida. No es necesario, sin embargo, optar por una de esas definiciones: la literatura es una consecuencia de la necesidad de expresión. En eso coincidimos, pero si se han suscitado tantas definiciones dispares, es porque la literatura es un complejo, una amalgama de elementos (si consistiera en algo definido en forma tajante, las teorías se eliminarían por reducción al absurdo, y ello evidentemente no ocurre).

Continuando con lo dicho, el compromiso sólo podría ser admitido por los que no definen a la literatura como juego, evasión, ansia de inmortalidad. Para ellos, queda en pie la cuestión.

Una de las mejores respuestas al problema es la expresada por Jorge Riestra, en virtud de una fundamentación más

real, más humana, menos teórica (Crf. Revista "Crítica 63", N° 4-5, pág.33):

- Los problemas sociales se imponen solos al escritor (son un ambiente, un clima).
- El escritor no debe expresar necesariamente esos problemas sociales en todas sus obras, si se quiere, en ninguna.
- No hay que desdeñar la literatura de evasión: lo que hay que censurar es la evasión del problema frente a los compromisos que tiene ante los problemas de su hora.
- Pero -y he aquí algo esencial- otros amores mueven al escritor además de la ideología ó de la sed de justicia.

Personalmente, creo sumamente acertada dicha posición: la literatura no debe ser comprometida en forma principal; su objetivo no debe ser demostrar la bondad de la ideología en la que se está embanderado.

Para sí debe ser comprometida como telón de fondo, como clima ambiental: es más, ello es inevitable. El panorama literario no puede quedar nublado con cuestiones político-sociales: en literatura ello es secundario; en política será esencial.

Para Sartre, el escritor es un soldado, un combatiente: la palabra es un arma; la literatura no se valora estéticamente, sino por la influencia que pueda ejercer en sus contemporáneos. Sartre descarta la poesía: en ella no puede haber compromiso, porque utiliza palabras-cosas; la prosa utiliza palabras-signos. El poeta se define con las palabras como el pintor en el color". La poesía es el culto de la palabra en sí misma; la prosa tiene su valor en lo que está detrás de la palabra. La prosa debe ser utilitaria: es un arma. Hay que sumergirse en lo contemporáneo, tomar posición, no "enclaustrarse en la Torre de Marfil".

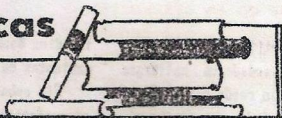
Es vital la distinción de Guillermo de Torre, quien diferencia literatura sectaria, dirigida, de literatura comprome

tida: la segunda es la afirmación taxativa de la responsabilidad in soslayable del escritor. Más exac to sería el nombre de literatura responsable.

Resumiendo, el mensaje es un elemento natural de la obra literaria; el compromiso, como adhesión del escritor a los problemas de la sociedad debe ser secundario, un ambiente, nunca un objetivo. No hay que forzar la vida: el hombre se expresa complejamente porque es un ser complejo. Hay que realizar la justicia, si, pero no solamente: sería demasiado frío para ser humano. La belleza como el amor y los sentimientos, sólo se puede descartar con esfuerzo y sin utilidad.

Eso es humanidad, eso es literatura del hombre para el hombre.





por

CARMELINA DE CASTELLANOS

Ada Donato. ELEONORA QUE NO LLEGABA. Editorial Emecé 1964. 193 págs.

"Eleonora que no llegaba", premio Emecé de novela del año 1963, es, para Ada Donato, haber llegado al "campo abierto" de la literatura. A ese lugar donde ya o bra deja de ser del autor para convertirse, un poco, en patrimonio de todos.

Está, ahora, en manos del lector que la recreará a su gusto; que le discutirá planteos; que se integrará o no al conflicto de sus personajes; que sentirá la problemática o pasará, indiferente, sobre ella. Ya la tienen los críticos, los de buena fe y los de mala fe. Los que se ñalarán honestamente cualidades o defectos y los que ignorarán lo positivo para buscar los lugares donde apoyar el lápiz rojo de su mezquina intención.

Eleonora ha llegado al público con su rebeldía, su desconcierto, su permanente búsqueda desesperada; con sus preguntas lanzadas a todos y a sí misma; con su carga de pasado, su indigencia, presente, la negación de futuro. Eleonora, niña que cerró obstinadamente la boca ante la Eucaristía; que juzgó al mundo a través de la figura de las tías;

las que le dejaron, a través de ese cuarto de la casa recoleta convertido en "boudoir" elegante, un símbolo imborrable de hipocresía y de suciedad.

Eleonora, nena-vieja asomada a un patio de baldosas rojas; ternura tendida que se vuelca más tarde en un chico presado; sensibilidad capaz de ser herida para siempre por la muerte de una gallina a la que había puesto nombre. Eleonora, joven-vieja que piensa que amistad, amor, ternura, son solamente palabras, porque no puede vivirlos en autenticidad. "Charlas, palabras, palabras, palabras. La vida es un permanente escuchar y decir; escuchar y callar; escuchar y escuchar; decir y decir".

Eleonora, juez implacable de una época y juez más severo, todavía, de sí misma. "Todo está podrido allá dentro -dice Porque yo estoy podrida".

Nos arrastra en su historia, nos envuelve en sus frustraciones; nos comunica sus motivos de descontento, reales o no, inventados o ciertos. Y terminamos el libro, escrito en estilo que intere-

sa, en prosa sin artificios ni rebuscamientos, viva, con verdaderos hallazgos a veces, sin saber la razón última de ese desencuentro con todo, de esa obsesivo "no llegar". Quizás porque ella misma, como sucede en la vida, no lo sabe. Lo intuye a veces, lo sospecha otras, lo busca, lo razona. Habla de "su placer morboso para inventar problemas"; de "su cerebro demasiado laborioso". Reconoce que "quiso a Dios a su servidor"; confiesa que en su alma "la santidad y el pecado se unen irremisiblemente"; dialoga largo con los fantasmas de su pasado.

Pero está condenada a que siempre

los diez Mandamientos sean los Diez Mandamientos de su duda.

Sin embargo, creemos, que, pese alto no excéptico con que habla de todo y de todos, hay en Elonora ráfagas que permiten suponer un encuentro; que, como dice en cierto momento, Dios está, precisamente, "en su terror de no tenerlo"; que encontrará respuesta a su grito: "¿Dónde estás, Dios del amor y de la misericordia?". Que deberá necesariamente, encontrar la fuerza positiva, se llame como se llame, capaz de ayudarla a superar todas las imperfecciones de esta época que enjuicia con pensamientos valientes y con calidad artística.

Julio Cortázar. FINAL DE JUEGO. Editorial Sudamericana 1964. 197 págs.

En este tomo hay cuentos que pertenecen a diferentes momentos de la producción del autor. Nueve de ellos fueron publicados en México en 1956, los otros están ubicados en un período que va desde 1945 a 1962.

Dice el autor en una nota: "El tiempo calendario nada tiene que ver con el tiempo del laboratorio central; fatuo sería el escritor que creyera haber dejado definitivamente atrás una etapa de su obra. En cualquier página futura, puede estar, esperándolo, una página pasada, como si algo hubiera quedado por decir".

Cualquiera sea el criterio con el

que Cortázar haya hecho esta selección ha resultado un conjunto de lo representativo como a uno de los positivos valores de nuestras letras.

Hace poco, en una audición radial, lamentábamos que en "Rayuela", el juego literario, el derroche de ingenio, o el vacío de algunos razonamientos, lo alejaban, en muchos pasajes, del camino del escritor verdadero; del que se da auténtica, tumultuosamente; del que vuelca, sin dadas que coarte su verdad, lo que siente que ineludiblemente debe decir.

En esta selección volvemos a encon-

trar a Cortázar y nos felicitamos por ello.

Están representados todos los tipos y en todos se manifiesta con facilidad de estilo, con gran poder de sugestión, con habilidad para poder llegar, sin perder contacto con lo real, al terreno de la fantasía o de la psicoanálisis.

Hay en él observaciones de la vida diaria, reflexiones puestas en sus personajes, que son verdaderos aciertos. En "Después del almuerzo" estremece ese chico enfrentado cruelmente a una tremenda realidad: niño-adulto capaz de razonar como mayor y, además, de intuir los que podrán pensar los grandes sin atreverse jamás a decirlo. En "Los venenos" estudios vivos de adolescentes en sus primeras experiencias, en sus primeros choques, en sus desengaños, en sus juicios lapidarios frente a las "estupideces" de otros que repiten sus propias estupideces: "Encontraba que mi hermana se portaba como una estúpida, sobre todo cuando la vi que con tiza de colores escribía en el pizarrón del patio el nombre de Hugo, lo borraba y lo escribía de nuevo, siempre con otros colores y otras letras mirándome de reojo; y después hizo un co

razón con una flechay yo me fui para no pegarle un par de bifos o ir a decirse o a mamá". Y en "Final de Juego", que cierra el libro y le da nombre, a la gracia de algunos pasajes donde nos muestra a las chicas díscolas, realizando a su pesar las tareas de la casa, complicándose en mezclar a la madre con la tía, junta la tragedia de la jovencita invalida, que hace esfuerzos para mostrarse de pie en "hermosa actitud" frente al muchacho, que, cada día, las mira desde la ventanilla del tren.

Cortázar hace incursiones por la fantasía en "Axotolt" y aborda al realismo en "Torito" donde, con lenguaje argentino de muchacho de barrio se pone dentro de su mentalidad y nos da a la perfección las reflexiones íntimas de quien fue, asombrado, "ídolo popular" y con la misma naturalidad se ha resignado a ser "ídolo caído": "Mejor no acordarse, pibe no te parece?". "son cosas que para qué me quisiera olvidar de todo".

Prosa directa, adaptada siempre a los ambientes y a los personajes; sagaz estudio de estados de ánimo, de situaciones, de sueños, de pesadillas o de realidades que también lo son.



BEST-SELLERS

- 1) ELEONORA QUE NO LLEGABA, de Ada Donato (Emecé)
- 2) LOS BURGUESES, de Silvina Bullrich (Sudamericana)
- 3) SOBRE HEROES Y TUMBAS de Ernesto Sábato (Fabril)
- 4) FINAL DEL JUEGO, de Julio Cortázar (Sudamericana)
- 5) EL RETORNO DE LOS BRUJOS, de Louis Pauwels y Jacques Bergier (Plaza Janés)
- 6) LA NATURALEZA DEL PRINCIPE, de Roger Peyrefitte (Sudamericana)
- 7) LAS SANDALIAS DEL PESCADOR, de Morris West (Pomaire)
- 8) LA TORRE Y EL ABISMO, de Erich Kahler (Fabril)
- 9) LOS TREPADORES DE LA PIRAMIDE, de Varce Packard (Sudamericana)
- 10) CUENTOS CORRENTINOS, de Velmiro Ayala Gauna (Ruiz)

Librerías consultadas:

ROSS	ARIES	AUSTRAL
RUIZ	LA MEDICA	CIENCIA

a cargo de

salvador c.j. gatto

LIBROS RECIENTES

- "CUENTOS PREMIADOS" / G.Dávalos-D.G.Hernández Editores Libreros (Biblioteca El Escarabajo de Oro) Bs.As.1964 - 105 páginas / Votados por unanimidad para el Primer Premio del II Concurso de Cuentistas Americanos "El Escarabajo de Oro" / Completan el volumen cuentos de Beatriz Guido, Julio Cortázar y Augusto Roa Bastos.
- "ELEONORA QUE NO LLEGABA", de Ada Donato / Editorial Emecé, Bs.As.1964, - 180 páginas / Autora rosarina que obtiene con la presente novela el Premio Literario Emecé 1963.
- "CAJA DE CADENAS", de Máximo Lafert / Jorge Alvarez Editor / Bs.As.1964 - 160 páginas / "...surge un magnífico escritor en el panorama de nuestras letras..." (Dalmiro Sáenz).
- "EL POBLADOR", de María del Mar Estrella / Editorial Losada Bs.As.1964 - 80 páginas / Volumen que contiene las poesías con que la autora obtuvo el Premio Nacional "Iniciación" 1962.
- "LAS OTRAS PUERTAS", de Abelardo Castillo / G.Dávalos-D.C. Hernández Editores Libreros (Tercera Edición) Bs.As.1964- Su autor ha obtenido dos Premios Internacionales (de las Américas, Habana, Cuba 1961 y Premio Unesco, París 1963) Faja Honor SADE.
- "CATALUÑA 1937", de George Orwell / Editorial Proyección Bs. As. - 248 páginas / Del autor de "1984", "Rebelión en la Granja" y "Los Desplazados", llega al castellano su testimonio sobre la Revolución Española.
- "LA MUERTE DE HONORIO", de Miguel Otero Silva / Editorial Losada / Bs.As.1964 - 200 páginas.

"LOS AMIGOS", de Claudio Trobo / Editorial Alfa / Montevideo
1964 - 154 páginas.

"SAFO", de Lawrence Durrall/ Editorial Sudamericana / Bs.As.
1964 - 160 páginas.

"TEORIA DE LA PERSUACION", de A.Feuwick y Hugo E.Lezama / E-
ditorial Troquel / Bs. As.1964 - 135 páginas / (Introduc
ción a las relaciones humanas).

Revistas

CRITICA 64 (Cine, letras, arte) / Año 3 - N° 9-10 Junio 1964
Rosario / Dirigida por Eugenio Castelli

SI (Literatura, cine, teatro, etc.) / Año 1 N° 2 Mayo 1964 -
Mendoza / Dirigida por Bernardo Carlos Bazán

LAMDA (Revista universitaria) / Año 1 N° 2 Marzo-Abril 1964
Rosario / Dirigida por Eliseo Popolizio

CUADERNOS (Revista mensual de América Latina) / N° 84 Junio
1964 - París / Dirigida por Germán Arciniegas

LA DILIGENCIA (Revista literaria) / Año IV Viaje 15 Abril -
Rosario / Mayoral: Velmiro Ayala Gauna

PANORAMAS (Publicación bimestral) / Año II N° 9 Mayo-Junio
1964 - México / Dirigida por Víctor Alba

NORTE (Revista Hispánica de Amsterdam) / Año V N° 1 Enero-Fe
brero 1964 - Amsterdam / Redacción: Marianne Nijhoff, ti
ne Hijner, Gilbert Fraai, Jan de Waard.

a cargo de

salvador c.j. gatto

omar perez cantón

SIGLO I

Con la victoria de los gladiadores representativos de la casa de Tulio Flavio, ante sus similares de Graco, prosiguió ayer el desarrollo del certámen de luchas a muerte que hace disputar nuestro emperador en el circo central.

El triunfo se estaba inclinando a favor de los hombres de Flavio al haber tomado estos la iniciativa en el ataque con red. Uno de los gladiadores de Graco, al verse envuelto en la opresora malla que le arrojara su contrincante, hizo un calculado intento de liberarse pero el ambidiestro compañero de su atacante logró seccionarle la cabeza en un lucido golpe de espada. Fue en este preciso momento que un fanático de Graco saltó a la arena para vengar con sus manos al caído, originando posteriormente y por la misma causa una impresionante lucha en las tribunas que luego fue reprimida por los guardias pretorianos, con un saldo aproximado de doscientos noventa y nueve muertos.

Afortunadamente el incidente no llegó a mayores.

El Correo de Roma (Año 1)

SIGLO XX

Con la victoria del equipo argentino ante su similar del Perú, prosiguió ayer el desarrollo del certámen eliminatorio que se disputa entre países sudamericanos.

El triunfo se estaba inclinando a favor de los hombres argentinos, cuando el árbitro hizo anular un gol que hubiese permitido el empate. Fue en este preciso momento que un fanático hincha saltó al campo de juego a fin de atacar al indefenso referee, originando posteriormente, y por la misma causa, una impresionante lucha en las tribunas que luego fue reprimida por los guardias de policía con un saldo aproximado de trescientos muertos.

El Correo de Lima (Año 1964).

MEMOR GRIS TORMENTA

Habían subido la escalinata del edificio de Correos y cuando estaban por entrar, el niño preguntó asombrado:

- Mamita, mamita. qué es eso?
- Una puerta giratoria, querido.
- Una puerta?
- Sí, querido.
- Y, cómo funciona esta puer... puer...

puer... puer... puer... puer... puer... ?

EPITAFIO

"Robertito esperame en el cielo".

Tu mamita.



próximo número
aparece en
Septiembre

cuentos, poesías, artículos, comentarios,
secciones (cine, teatro, etc.)
y varias cosas más, eh?

se recibe material en ricchieri 888, o en el bar del savoy
los viernes desde las 22, mesa grande al fondo.



Adhesiones

Osvaldo Spadoni - Lilia Miró-
Jorge R. Ellena - Helmo Santo-
re - Néstor Renzi - Agrupación
Humanista Cs.Ec./Derecho - An-
tonio y Miguel A. Gatto - Hé-
ctor Ruiz - María del C. Garay-
Horacio Fuster - Oficialía Ma-
yor de Cs.Ec. - Juan Carlos Hé
Haydée Von Kentzell - Roberto
Puig - Juan Carlos Puig - María
Elena Amadio - María L. Gabrie-
li - René Balestra - María C.
Facciano - Rosa Fragapane - Ar-
mando Sabatini - Fernando Je-
annot - Rogelio Hechen - N. N.

"DON BERTO"

Rioja 1383

loterías
Rosario.

CINDELMET S. A.

Molinos de viento-fundición
gral.-máquinas herramientas

O.Lagos 1342

Te. 390041

"TRES PROVINCIAS S.R.L."

Representaciones-distribuidores

Iriondo 209 bis

Te. 394912.

librería y editorial

"LA MEDICA"

Córdoba 2901

T. E. 39-7859

LA - GA

Soc. comercial, colectiva y
financiera

pizzeria

"LOS INMORTALES"

Buenos Aires - Rosario - Mar del Plata
Miami (USA)

CASA BRESSAN

San Martín 905

"OXFORD"

Galería Libertad - planta baja

BOSCHETTI - CEREALES

S. R. L.

librería y editorial

"CIENCIA"

Santa Fe 1284

T. E. 62550

Agencias de loterías

EL DERBY
de lapetina y accursi

Av. Alberdi 716

T. E. 398573



Darwin?... quién es Darwin?